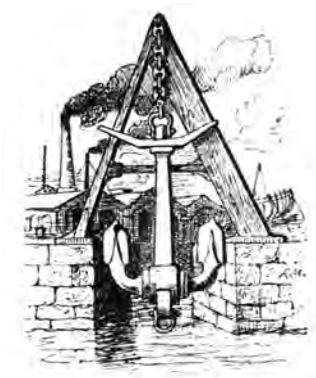
INFORMACIÓN NAVAL ES TAMBIÉN PODER NAVAL

Manuel MAESTRO
Presidente del Círculo Letras del Mar

Saber que se sabe lo que se sabe
y que no se sabe lo que no se sabe;
he aquí el verdadero saber.

Confucio.



L pie del Popocatépetl, a la orilla de la laguna de México, Hernán Cortés inició una carta dirigida a Carlos V, citando la primera frase de *La Metafísica* de Aristóteles: «Universal condición es de todos los hombres desear saber»; transmitiéndole así al Emperador su necesidad de conocer, de tener información para desarrollar su función de conquistador y líder. Ese saber para poder tomar decisiones, vigente desde siglos, fue transmitido por tratadistas y estrategas como Sun Tzu: «Lo que posibilita a un gobierno inteligente y a un mando militar sabio vencer a los demás y lograr triunfos extraordinarios es esa información esencial…». O lo que es igual, la información es esencial en la guerra, y los ejércitos y armadas dependen en gran medida de ella para plantear sus operaciones, resumido por Francis Bacon con su frase «saber es poder», y ampliado por Thomas Hobbes en *El Leviatán,* con la idea de que «quien tiene la información, tiene el poder», que marca el norte de los servicios de inteligencia. No obstante es prudente afirmar que la información, aunque muy necesaria, no basta para garantizar la victoria, ya que en el combate influyen la voluntad de vencer y los recursos aplicados a la consecución del triunfo.

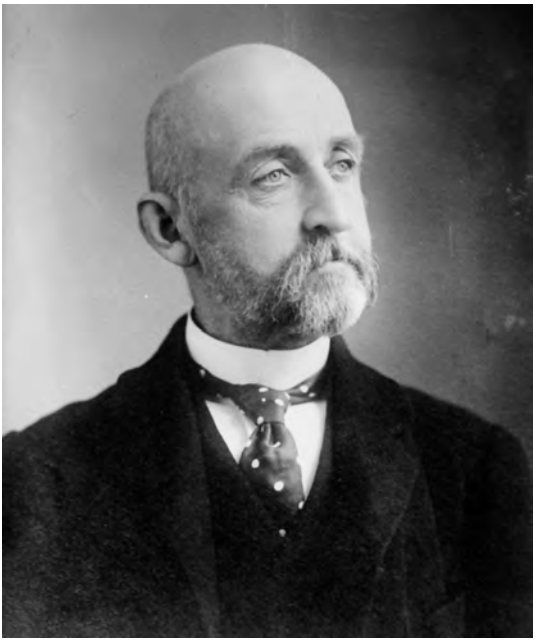
El Poder Marítimo y el Poder Naval

Aunque el término poder tiene muchos significados, a nuestros efectos podemos definirlo como la capacidad de conseguir lo que uno quiere o la

capacidad de lograr objetivos comunes, según lo consideremos individual o colectivamente. No debiendo confundirlo con la idea de fuerza, que es un concepto más limitado, aunque esta va unida a la noción de dominio, lo que constituye una parte de la naturaleza del poder. También existe la tendencia a relacionarlo con la capacidad para conseguir la victoria, o sea para vencer a otra persona, o colectivo, una vez iniciado el conflicto, que surge cuando aumenta, o se pretende aumentar, el poder de uno en detrimento del otro.

Otro término de poder se refiere, fundamentalmente, a las instituciones que ostentan el poder político y militar basado fundamentalmente en los sistemas disuasorios, defensivos y agresivos. El poder disuasorio es la capacidad ofensiva que conduce a un eventual enemigo o rival a abstenerse de tomar la iniciativa agresora por la convicción de padecer las consecuencias de una fuerza superior; el poder defensivo es la capacidad de neutralizar la agresión, esperando la acción de un enemigo o competidor para conservar algo, y el poder agresivo es la capacidad de tomar la iniciativa utilizando la fuerza contra un enemigo o rival para arrebatarle algo.

Como reflexión previa a la del enunciado de este apartado debemos recordar una vez más que, a pesar de que la influencia de los océanos es una realidad normalmente inadvertida en la vida de las naciones, el mar representa más de dos tercios de la superficie de nuestro planeta y que de él obtenemos grandes recursos, a la vez que es la vía más económica por la que transcurre la mayor parte del comercio mundial. Razón por la que es importante que los pueblos y sus gobernantes adquieran una fuerte conciencia marítima, pues al desarrollarla aumentará su influencia política, económica, social y naval o militar. Sir Walter Raleigh afirmaba que: «Quien manda en el mar manda en el comercio; quien manda en el comercio dispone de las riquezas del mundo y domina, en consecuencia, el mundo entero». Teoría que Alfred Mahan desarrolló en su obra *Influencia del Poder Naval en la Historia,* que llevó a los Estados Unidos a



Alfred Mahan.

ser la gran potencia que aún sigue siendo, pues considera al Poder Naval como uno de los principales elementos para alcanzar los objetivos de su política exterior.

Los términos marítimo y naval, aunque similares, no deben considerarse idénticos, pues el primero se refiere de forma global a los aspectos económicos y sociales, y el naval, complementario del anterior, se basa en los aspectos puramente políticos y militares. Para concluir, y siguiendo a Mahan*:* «Poder Marítimo es la capacidad de establecer y defender los intereses marítimos de una nación, basada en la utilización del mar en su propio beneficio, y el poder naval; diferenciando los dos componentes esenciales, los intereses marítimos y el poder naval para defenderlos. Destacando cómo la producción y el concepto requieren un tráfico marítimo que necesita la protección de buques armados, siendo comercio, tráfico mercante, estaciones navales y flota militar, el armazón de la riqueza de los países marítimos».

Conflictos de poder: la guerra y la paz

El conflicto es una situación originada por alteraciones en el poder, cuya situación beneficia a una parte y perjudica a la otra. Si existe diálogo y consenso, el conflicto se puede resolver de forma positiva; el caso contrario es el origen de la agresión, que tiene como escala de desarrollo la riña, la pelea, el duelo, la venganza y la guerra.

La guerra supone la máxima magnitud de la agresión. Entre sus muchas definiciones tenemos la de Clausewitz: «La guerra es un acto de fuerza destinado a obligar a nuestro enemigo a hacer nuestra voluntad». Pero Clausewitz también relaciona la guerra con la política, al advertir en otra de sus frases que «la guerra no es más que la continuidad de la política de Estado por otros medios distintos a los diplomáticos». La guerra no es un acontecimiento independiente, sino un medio para alcanzar un fin político, como puede ser la paz: «si quieres la paz, prepara la guerra», señala la máxima de Vegecio. Al declararse la guerra, cada beligerante tratará de imponer su voluntad al enemigo por medio de las armas, siendo su objetivo reducir o eliminar el poder del contrario: «El desarme del enemigo es el propósito de la acción militar» (Clausewitz). La guerra naval es la parte del conflicto que se desarrolla en el mar y, aunque en algunas ocasiones no sea definitiva para la victoria total, el Poder Naval puede modificar los resultados finales, aun cuando no haya habido combates importantes. Por ejemplo, el bloqueo de los puertos y las bases navales no implica por sí solo la destrucción de las fuerzas del enemigo, pero sí le inmoviliza, a la vez que le impide la llegada de recursos y suministros.

La guerra y la paz se encuentran en el epicentro de la actividad de los Estados a través de su política de Defensa nacional, que engloba, fundamentalmente, los temas militares, políticos, diplomáticos y de industria militar, con sus

Carl von Clausewitz.

variantes navales. Se organiza a través de las hipótesis de guerra y la inteligencia es una de sus actividades esenciales, pues cada país precisa saber lo que están haciendo sus hipotéticos adversarios para organizar su defensa.

Inteligencia, información, espionaje

La inteligencia es el medio más eficaz, aunque no infalible, para reducir la incertidumbre, el riesgo, el desconocimiento y, sobre todo, el posible fracaso ante una situación a la que nos enfrentamos. Para un ejército o armada es imprescindible la cantidad y calidad de inteligencia disponible para afrontar la batalla con un mínimo de seguridad y expectativas de victoria. Carecer de inteligencia conduce al resultado adverso, aunque disponer de ella no determina automáticamente la victoria, pero sí la facilita.

Tim Weiner, en *Una historia del FBI,* afirma que «La inteligencia es una guerra cuyas armas son el conocimiento y la previsión. La información es la fuerza más poderosa. Si tienes un espía en el bando enemigo, puedes ganar una batalla; si conoces su mente, puedes ganar la guerra». En las afirmaciones de Weiner aparecen tres términos que van a ser recurrentes en nuestro trabajo, y que es necesario clarificar: inteligencia, información y espionaje. Inteligencia es algo más que información, pero ¿en qué estriba la diferencia? Pues en que la información es cualquier dato que pueda ser conocido, tanto a través de fuentes abiertas como secretas, y el espionaje consiste en los mecanismos y técnicas que se emplean para conocer esa información de forma reservada o secreta. Ambas forman las dos columnas sobre las que se sustenta la inteligencia, que necesita de ambas para elaborar sus informes y conclusiones tras evaluar su fiabilidad, análisis, integración e interpretación, lo que configura «el ciclo de la inteligencia». Otra definición de inteligencia es «el proceso sistemático de recolección, evaluación y análisis de información, cuya finalidad es producir conocimiento útil para la toma de decisiones».

En la actualidad los medios informativos o Internet nos proporcionan cantidades ingentes de información, que van dando mayor protagonismo al analista de inteligencia en detrimento del espía. El general Vernon Walters, antiguo director adjunto de la CIA, mantenía que «el espionaje, tal y como se cuenta en las películas y en las novelas, es una invención literaria. La lectura inteligente de los periódicos de un determinado lugar, aunque no brille en él la libertad de prensa —manifestaba también—, genera más información fiable y útil que el trabajo de unas cuantas docenas de agentes de campo convenientemente procesado por analistas especializados».

Contraespionaje, doble espionaje, acciones encubiertas

El milenario estratega chino Sun Tzu ya manifestó que «El arte de la guerra es el arte del engaño», lo que los servicios secretos israelíes recogen como lema en términos similares: «Por medio del engaño harás la guerra». Y ese juego del engaño no es privativo del espionaje. Los servicios de inteligencia cuentan con el contraespionaje, el doble espionaje, la intoxicación informativa —bautizada como desinformación por los servicios secretos soviéticos— y el amplio catálogo de las acciones encubiertas.

El contraespionaje es la faceta destinada a combatir el espionaje del adversario con acciones preventivas, como la vigilancia de elementos sospechosos, y de carácter represivo, como la neutralización de las acciones de agentes enemigos, tarea que suelen realizar agentes encubiertos supervisando, entre otros, la labor del personal diplomático acreditado. El doble espionaje es una de las lacras de los servicios de inteligencia, pues siempre han existido agentes dobles que han trabajado para dos bandos diferentes. Descubrir su tarea y neutralizarla es una labor complicada. Normalmente suministran a una de las partes información real, pero inofensiva, conocida en el argot del espionaje como «pienso para pollos», que llena pero que alimenta poco. Las acciones encubiertas se llevan a cabo por los agentes encubiertos, también conocidos como topos, que son los que se infiltran en una organización enemiga y pueden dedicarse tanto al espionaje como a la provocación o a la subversión y el sabotaje.

Espías y profesionales de la información

El espía, desde tiempos remotos, ejerce una actividad aplicada a la economía, la política y la estrategia militar, y consecuentemente también naval. Su tarea es recoger información, sin que su labor se perciba. Complicada en ocasiones, como cuando hay que extraerla de una caja de caudales, o sencilla en otras, pues según Marcel Mart «la mejor fuente de información son las personas que han prometido no contárselo a nadie».

Las historias de espías a las que estamos acostumbrados son propias de la ficción, que nos presenta seres extraordinarios por encima de la realidad histórica. Su tarea real tiene más que ver con la del periodista de investigación o con la rutinaria del archivero o bibliotecario que busca afanoso un dato dentro de una maraña de documentos. Hasta la llegada del siglo XX su figura no estaba institucionalizada, pues existían pocos servicios secretos, salvo el Intelligence Service inglés o la Ochrana rusa. En España hubo que esperar a la Guerra del 36 para que el Estado Mayor comenzase su organización, y hasta el último tercio del siglo XX —en que se creó el SECED con objetivos aglutinadores—, las Fuerzas de Seguridad, los Ejércitos y la Armada mantuvieron sus propios servicios y agencias de información. Momento en el que aparece en nuestro país la figura del agente secreto o profesional de la inteligencia, que está vinculado a un organismo estatal. En la actualidad, la inteligencia es una profesión a la que se accede tras un proceso de selección para el que se requiere una titulación adecuada, valorándose especialmente las tecnologías de la información y la ciberseguridad. El Ejército de Tierra, el del Aire, la Armada y la Guardia Civil, por razones obvias, son otra fuente fundamental de reclutamiento, si bien entre el elemento castrense han existido reticencias sobre los compañeros que se han dedicado a estas labores. Dentro del término espía se integran los que actúan por motivos diversos: profesionales, patriotismo, creencias políticas o religiosas y, en la mayoría de los casos, por dinero, mercenarios tachados con términos ignominiosos, pero muy necesarios.

Durante el siglo XV la forma de mantener contactos políticos entre las naciones experimentó un importante giro, apareciendo la diplomacia tal y como la entendemos en la actualidad; y en paralelo surgió la necesidad de información para perpetuar el poder de los Estados. Así nació de forma estructurada el espionaje exterior, que contaba con espías, de cuya labor no les quedaba a la zaga el mismo embajador. Las redes de informadores estaban formadas por residentes en el país de la embajada, fundamentalmente por infiltrados habituados al lugar y dominadores de la lengua nacional.

Escudo del MI6.

Es notable la organización de espionaje que ya tenía Felipe II a través de sus embajadas, lo que le proporcionó valiosas informaciones previas a los combates navales de Lepanto y de la Armada Invencible. Allí donde había diplomacia había espías, que con el transcurso del tiempo trabajaron tanto en el exterior como en el interior, con frecuencia bajo tapaderas de empresas, organizaciones y profesiones de lo más diversas, entre otras la de periodista y anteriormente la de escritor, que siempre han mantenido una relación muy especial, tanto para camuflar la labor del espía como para llegar hasta donde a estos les resultaba más difícil penetrar. Entre las profesiones cuyo ejercicio requiere viajar con frecuencia, también encontramos un campo abonado para la labor de espionaje: hombres de negocios, comerciantes, artistas, músicos o estudiantes que justifican su labor en el extranjero por sus viajes de estudio.

El espía ha sido siempre muy valioso para los mandos navales: escudriñaba los puertos y bases navales; observaba la entrada y salida de barcos; vigilaba el movimiento de mercancías y su procedencia y destino y, en no pocos casos, se hacía con valiosa información sobre el armamento y la construcción naval del adversario.

La labor de espionaje

A lo largo de la Historia, la materia básica con la que operar para alcanzar los objetivos de un proceso de inteligencia fueron las fuentes de información que, dependiendo de su procedencia, podemos clasificar de fuentes humanas, tecnológicas y abiertas. De la inteligencia basada en la aportación humana, se pasó al «espionaje blanco», un término bastante reciente que se refiere a la acumulación y análisis de fuentes escritas públicas o privadas que están al alcance de todo el mundo o que para su obtención no se requieren actuaciones contrarias a la ley: libros, enciclopedias, manuales, fotografías, películas, vídeos, mapas, planos, hasta llegar a esa fuente inagotable de información que es en la actualidad Internet. Convenientemente combinadas pueden proporcionar un conocimiento cierto de una situación política o del cuadro ante el que se presentará un combate.

La irrupción de la imprenta en el siglo XV posibilitó que informaciones políticas y militares se convirtieran en productos demandados, floreciendo un mercado editorial compuesto de gacetas, relaciones, avisos, bandos y comunicados, cuya recolección y análisis fueron la simiente de la moderna inteligencia. Y a medida que la navegación, la organización y la enseñanza naval se fueron perfeccionando, las cartas de navegación, los derroteros, los libros de texto, las revistas, las estadísticas y los almanaques navales se convirtieron en fuentes abiertas que cualquier armada u organismo relacionado con temas marítimos podían consultar. La otra cara del espionaje la encontramos en el «espionaje puro y duro»: el que trata de apoderarse de la información o de

Máquina de cifra Enigma.

documentos secretos a los que le está vedado el acceso, para cuya consecución se utilizan medios fraudulentos e incluso arriesgados: la infiltración, la utilización de falsa personalidad, la caracterización y el disfraz, el soborno y el chantaje, jugar con las adicciones al sexo, al juego o la bebida, el personal encubierto, la sustracción de documentos, la traición o la manipulación emocional. Y como común denominador de todo, la mentira.

Entre los primeros medios utilizados por los espías destacan las escuchas, que en un principio se practicaban detrás de las puertas y cortinas u oyendo de soslayo en los lugares y momentos más insospechados. Pero el auge de las escuchas fue en paralelo con el del teléfono, una de las técnicas más valiosas para el espía y los servicios secretos, cuyas opciones actuales se encuentran en la escucha telefónica, las grabadoras, los maletines grabadores y los micrófonos inalámbricos. La copia de documentos y la reproducción de imágenes es otro de los campos de acción de gran importancia, que tuvo su momento álgido con la aparición de la fotografía y el cine con todas sus sofisticadas variantes. El correo es otro de los campos de acción de los servicios secretos: la interceptación de los mensajes del adversario ya era fundamental en la antigüedad, cuando las comunicaciones se limitaban a la transmisión escrita y codificada de mensajes y noticias. Por tanto, el control de la correspondencia era una forma importante del espionaje y contraespionaje. Y para asegurar su contenido y hacerlo impermeable, desde tiempos remotos se elaboraron códigos secretos, también conocidos como cifras o claves, conociéndose como criptografía la ciencia que estudia el arte de escribir mediante un lenguaje convenido y la labor de convertir un texto cifrado en el mensaje original si se conoce o descubre la clave: descifrar o decodificar. El método más eficaz es la utilización de las máquinas cifradoras, de las que la alemana Enigma es el modelo más famoso; o el más sencillo de la tinta invisible, que evolucionó desde la simple utilización del zumo de limón a compuestos químicos de gran fiabilidad; también los mensajes grabados en microfilm ayudaron a enviar información con bajo riesgo.

La inteligencia de señales para transmitir con celeridad mensajes es una realidad desde tiempos de los griegos y romanos: antorchas, señales de humo o estandartes de distintos colores daban noticia de la llegada o situación de las

naves enemigas. Otros utilizaron el lenguaje de las banderas navales diseñadas por Tourville o del heliógrafo, hasta llegar a las estaciones semáforos empleadas por Nelson a lo largo de kilómetros de costa para vigilar al contrincante. En aquellos tiempos la sorpresa era difícil de alcanzar en el mar. El principal problema era dar con el adversario, lo que explica que la mayor parte de las batallas navales tuviesen lugar en estrechos o corredores marítimos, donde a menudo ya se habían librado otros combates. Con la creación del código internacional de señales, colocándose las naves a intervalos de unas diez millas si la visibilidad era buena, podía crearse un sistema de aviso eficiente. Pero hasta la invención de la telegrafía sin hilos los almirantes no pudieron dominar el mar abierto, aunque la radiotelegrafía no era segura: el enemigo podía escuchar lo mismo que el receptor de la información a quien iba dirigida, por lo que también fue necesario el uso de la cifra. Avanzado el siglo XX el control de la guerra naval se hizo más electrónico con el creciente uso de los derivados de la radio, como el radar, el sónar y el interceptor y radiolocalizador de transmisiones de alta frecuencia. Los radiolocalizadores durante la Segunda Guerra Mundial permitieron escuchar hasta las transmisiones de los submarinos.

La extensión y multiplicación de los objetivos y la dificultad de introducir agentes en la retaguardia han impulsado la creación de técnicas destinadas a observar grandes superficies de terreno u océano sin exponer personalmente a los agentes. Así tenemos en el aire aviones y satélites espías, y en el mar barcos de superficie y submarinos espías. La guerra secreta es otra de las labores propias del espionaje a lo largo de la Historia: la insurgencia y contrainsurgencia, la intoxicación informativa y la lucha para contrarrestarla, la insurgencia cibernética y su contrainsurgencia, la guerra económica y la lucha antiterrorista y contra la piratería son tareas de los nuevos espías, agentes secretos y servicio de inteligencia.

Los servicios de inteligencia y espionaje

Según Arnold Toynbée, la caída de la mayor parte de las civilizaciones guardaba relación con la escasez de información que para sobrevivir necesitan las naciones. Necesidad que ha sido constante a lo largo de la Historia; aunque han cambiado las formas mediante las que los gobernantes y, en nuestro caso, las armadas han obtenido dicha información. En los inicios fueron los embajadores, los militares, los confidentes y los servicios policiales los que, fundamentalmente, brindaron soluciones a este tema. Posteriormente, la policía, los ejércitos y las armadas crearon sus propios medios. Ya en la Francia de Luis XIV el Servicio Hidrográfico de la Marina presentó un proyecto pionero en el mundo que se acometió con objeto de que la Marina francesa dispusiese de la mejor información hidrográfica, lo que fue base para que, primero en ese país y

Centro de trabajo de un espía del KGB.

después en Gran Bretaña y en España, se crease el Depósito de la Guerra, vinculado al nacimiento del Estado Mayor, que se convirtieron en auténticos precursores de los grandes bancos de datos y centros de información de carácter exclusivamente militar, naval y topográfico. Una de las principales funciones de un servicio de inteligencia es la obtención, mantenimiento y actualización de una base de conocimiento elemental, pensando en el largo plazo y de forma estable, necesaria tanto en tiempos de guerra como de paz para garantizar la seguridad y defensa.

A mediados del siglo XIX comenzaron a gestarse los servicios secretos en su actual concepto, proceso que culmina al final de la Segunda Guerra Mundial. Durante siglos estas estructuras fueron secretas y estaban fuera del control de políticos y parlamentarios: el Intelligence Service británico, fundado en 1909, más conocido por MI5 y MI6 según la labor desarrollada en el interior o el exterior, no fue reconocido oficialmente hasta finales del siglo XX, cuando se daba la paradoja de que su «agente más popular, el capitán de fragata James Bond, había interpretado más de 25 películas». La CIA, o Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos, es otra de las agencias más importantes y famosas del mundo, así como el antiguo KGB soviético:

ambos rivalizaron intensamente durante la Guerra Fría. Y dentro de la larga lista de agencias también merece la pena destacar el Mosad, acrónimo en hebreo de Instituto de Inteligencia y Operaciones Especiales, fundado casi simultáneamente al Estado de Israel, y considerado como una de las mejores agencias de inteligencia del mundo.

El caso de España

En España la escasez de conocimiento acerca de los servicios secretos se debe a lo poco que lo trataron los cronistas. Pero, en la época de Felipe II ya tenemos noticias de que el espionaje era una actividad reglada y organizada, con dependencia directa del Monarca y del Consejo de Estado, cuya máxima responsabilidad era la política exterior. El mismo Rey tenía conocimientos de criptografía e incluso se sabe que cifró y descifró documentos personalmente, marginando al Consejo en algunas ocasiones por medio de juntas particulares, cuya misión era el asesoramiento sobre temas concretos, como el caso de la guerra contra los turcos que desembocó en la victoria de Lepanto o los preparativos de la Armada Invencible. En el siglo XVIII Felipe V firmó un decreto en el que se describían las áreas concretas y los ámbitos de los servicios diplomáticos y secretos. En relación con otras naciones, se requería extensa información acerca de estructura del Estado, historia, costumbres y economía, haciendo especial énfasis sobre el potencial de sus ejércitos y armadas. La misión de espía en Londres de Jorge Juan sobre sistemas de construcción naval por mandato del marqués de la Ensenada es un ejemplo sobresaliente de la política borbónica en materia de inteligencia naval. Durante la Guerra de la Independencia se potenció la creación de una serie de informadores dentro de la red de correos para el control de la correspondencia.

El año 1932, la creación de la Sección del Servicio Especial, dependiente del Estado Mayor de la Defensa, marca el inicio de la fundación de un servicio creado para ocuparse de la inteligencia militar. Funcionó hasta el estallido de la Guerra Civil del 36, momento en que los republicanos reorganizan sus servicios creando el Servicio de Investigación Militar (SIM), y con las mismas siglas se fundó en el bando nacional el Servicio de Información Militar; organizándose también en este bando, por iniciativa privada, el SIFNE, Servicio de Información de la Frontera del Nordeste, con el principal objetivo de fomentar el derrotismo en el bando republicano y desplegar en los puertos una red para conocer los movimientos de buques: ambos se fusionaron en 1937. Finalizada la contienda, el Ministerio de Defensa del bando vencedor se dividió en tres, Ejército, Marina y Aire, para cuya coordinación se creó el Alto Estado Mayor, en cuyo seno se estableció la Sección Tercera de Información SIAEM, que se ocupó de le inteligencia militar hasta la creación del SECED en 1972. En cada uno de los dos Ejércitos y en la Armada se estructuró la

conocida como Segunda Bis, un servicio de información y contrainformación militar, adscrito a las Segundas Secciones de los respectivos Estados Mayores, dedicado a obtener información interna de los miembros de las Fuerzas Armadas, fundamentalmente para controlar y reprimir los restos del republicanismo existente en las filas de las mismas tras la contienda civil. En la Armada, más sensible a los acercamientos en los procedimientos operativos de otras marinas, se conocía como Sección de Inteligencia.

En 1968, al margen de la policía y los militares, pero manejado por estos últimos, por iniciativa del ministro de Educación Villar Palasí se fundó la Organización Contrasubversiva Nacional, OCN, dedicada a controlar las revueltas estudiantiles. Y a partir de esta organización, en 1972 se creó el Servicio Central de Documentación, SECED, dependiente de la Presidencia del Gobierno, cuyos agentes siguieron la labor del anterior organismo, ocupándose de la inteligencia interior y del contraterrorismo, continuando el Alto Estado Mayor con la de carácter militar y exterior.

En 1977, y como consecuencia de la política del general Gutiérrez Mellado, se creó el Centro Superior de Información de la Defensa, CESID, dependiente del Ministerio de Defensa, para aglutinar la labor del Alto Estado Mayor y del SECED con el objetivo de centralizar la inteligencia y adaptarse

Sede del CNI.

a la democracia, ocupándose de las de carácter interior y exterior y de la contrainteligencia. Esto supuso que los Ejércitos y la Armada cesasen directamente en labores que no fueran estrictamente militares. A los 25 años de su existencia se transformó, pasando a la actual denominación de Centro Nacional de Inteligencia (CNI), en la actualidad dependiente directamente de la Presidencia del Gobierno, con la misión de responder a los retos de los tiempos actuales creados en el nuevo escenario nacional e internacional, agrupando y coordinando actividades de otros servicios para agilizar su trabajo y optimizar los recursos mediante la obtención de información para transformarla en inteligencia y ponerla a disposición de los usuarios. El 60 por 100 de sus funcionarios son civiles, y el resto son miembros de las Fuerzas Armadas y de las Fuerzas y Cuerpos de la Seguridad del Estado. Además del CNI, en España existen otros servicios que dependen de otros ministerios, y para su coordinación se creó en 2002 la Comisión Delegada del Gobierno para Asuntos de Inteligencia. En 2004 se fundó el Centro Nacional de Coordinación Antiterrorista, y en 2006 el Centro de Inteligencia Contra el Crimen Organizado.

Diplomacia y política exterior española

Se dice que la diplomacia es la primera línea de la defensa de una nación; cuando fracasa, pasa la inteligencia a ocupar su lugar para servir a la política nacional. Y por tanto, no podíamos concluir este trabajo sin hacer un pequeño repaso a nuestra diplomacia y política exterior, con sus implicaciones en el campo de la inteligencia militar y naval.

España es el décimo Estado más antiguo de los que existen en la actualidad, y desde 1492 ha tenido una presencia internacional muy activa. Fue un imperio y una gran potencia que irradió su lengua y su cultura hacia todo el mundo, y en la actualidad es una potencia media central, perteneciente a la ONU, la Unión Europea y la OTAN, y en el orden militar está comprometida en muchas misiones internacionales para el mantenimiento de la paz y seguridad mundiales, siendo los principales ejes geoestratégicos de su acción exterior Europa, la cuenca del Mediterráneo y el Atlántico. La administración exterior del Estado español ha sufrido los lógicos cambios producidos por la marcha de la Historia, pero la política exterior, con sus aciertos y fracasos, ha demostrado ser una preocupación constante de sus gobernantes para relacionarse con el resto de naciones, manteniendo, desde tiempo de los Reyes Católicos, sus embajadas de forma permanente. Centralizada en la actualidad en el Ministerio de Asuntos Exteriores, España mantiene relaciones diplomáticas con la práctica totalidad de las naciones miembros de las Naciones Unidas a través de 123 representaciones diplomáticas en el extranjero, dirigidas por el millar de miembros que componen la carrera diplomática, a los que hay que

añadir los de otros departamentos gubernamentales que también proyectan su labor hacia el exterior ejerciendo como encargados, asesores o agregados.

En razón de la existencia del trinomio Política, Acción Exterior y Defensa, encontramos en nuestras embajadas, y bajo la autoridad del embajador, las agregadurías de Defensa, y las representaciones permanentes y delegaciones en organizaciones internacionales de carácter defensivo y militar, cuyo origen se remonta a las agregadurías militares y navales creadas en 1816. El cargo de agregado de Defensa es desempeñado por un oficial de las Fuerzas Armadas como responsable de la representación militar y de la promoción de las relaciones bilaterales de los dos Ejércitos y la Armada, girando en torno a la cooperación en materia militar y de armamento, así como del diálogo estratégico, cumpliendo a su vez con funciones de inteligencia militar. Anteriormente existían hasta tres agregados militares, uno por cada una de las tres instituciones, pero en la actualidad, y solo en las grandes embajadas, estos cargos se mantienen en calidad de agregados adjuntos. Los agregados navales, y en su caso los de Defensa, representan a la Armada, y entre sus responsabilidades se encuentran los contactos y relaciones con la Marina de la nación anfitriona, más funciones concretas en el campo de la inteligencia naval.

La inteligencia naval en España

Aunque inmersa normalmente dentro del denominador común de la inteligencia militar, tenemos que en 1930, por Real Orden reservada del Ministerio de Marina de 15 de mayo, aparece el primer brote de una inteligencia con objetivos navales específicos al crearse en España la Oficina de Investigación Comunista de la Marina, para vigilar y contrarrestar la infiltración de ideas revolucionarias entre las filas de la Armada.

Del mal estado de la información militar al proclamarse la II República da cuenta el prólogo del Reglamento e Instrucciones para el funcionamiento del Estado Mayor de la Armada de 1933, que afirmaba: «Con anterioridad a los años 1928-1929, no existía más archivo que el burocrático. En él se guardaban mezcladas informaciones propiamente dichas con valor positivo para el Mando y los documentos de trámite de expedientes. Al hacerse la reorganización se tuvo buen cuidado de seleccionar y recoger las informaciones útiles separándolas del resto del archivo, pero no así los demás papeles que seguían empaquetados sin orden ni clasificación alguno, lo que hacía imposible la búsqueda de ningún asunto anterior a 1931».

Al finalizar la guerra, en agosto de 1939 se estableció en la Marina de Guerra el Servicio de Información de Personal (SIP), con la misión de conocer la moral de la marinería y tropa y detectar a todo agente enemigo que pudiera infiltrarse en sus filas. También durante la posguerra funcionó la Falange del Mar, creada para vigilar la conducta política de los marineros y

oficiales de la Marina Mercante española y aportar información sobre el tráfico marítimo y la actividad de los puertos españoles y extranjeros. A principios de 1969 fue disuelto el SIP, y en la Armada se creó el Servicio Especial de Inteligencia Naval (SEIN), que se especializó en contrainteligencia militar; modificándose sus objetivos en 1973 para encargarse de «adquirir, recopilar y valorar información no pública, noticias o datos que puedan interesar a las Fuerzas Armadas y toda información de carácter laboral, político, religioso, económico y personal que pueda afectar a la moral, disciplina y seguridad de la Armada». Actividad que no se llevó a cabo más allá de bases navales, dependencias y buques de la Marina de Guerra.

Volviendo a la inteligencia puramente militar española, tenemos que, al crearse el CESID, la 2.ª división del Estado Mayor Conjunto siguió como sucesora de la 3.ª y posteriormente 2ª sección del Estado Mayor Conjunto, que tenía la misión de coordinar las labores de inteligencia de las Fuerzas Armadas, hasta que en el 2004, en el seno del Estado Mayor de la Defensa, se crea el Centro de Inteligencia de las Fuerzas Armadas (CIFAS), con dependencia directa del jefe de Estado Mayor de la Defensa (JEMAD) como órgano responsable de facilitar la inteligencia militar precisa para alertas sobre situaciones de interés militar, con riesgo potencial de crisis procedentes del exterior y para prestar el apoyo necesario a las operaciones. Proporciona sus servicios en el ámbito de la inteligencia y guerra electrónica tanto al JEMAD como a los jefes de Estado Mayor de los Ejércitos y la Armada. Un ejemplo más reciente de su cometido lo encontramos en la Operación del islote de Perejil. En definitiva, el CIFAS tiene como misión dirigir y centralizar la información de interés militar que, hasta su creación, tenían las segundas divisiones de los cuarteles generales, y también del CESID, con lo que se despojaba a este último de la etiqueta de servicio de inteligencia militar.

Como consecuencia de la creación del CIFAS se reorganizó la inteligencia naval, creándose la Sección de Inteligencia de la División de Operaciones del Estado Mayor de la Armada, cuya función es contribuir a la determinación de las necesidades específicas en materia de apoyo a las actividades de la Fuerza, y coordinar y controlar los medios a nivel táctico, a cuyos efectos mantendrá dependencia funcional del Centro de Inteligencia de las Fuerzas Armadas y será responsable de mantener actualizadas las bases de datos técnicas necesarias para el funcionamiento de los equipos de Guerra Electrónica y Acústica. La Sección de Seguridad Naval Central (SSNC) del Estado Mayor de la Armada se ocupa de la seguridad interna y contrainteligencia.

El buque *Alerta* (A-111) de la Marina de Guerra, también conocido como *Atila*, junto con los submarinos de la base de Cartagena, se ocupa de la inteligencia tecnológica y acústica: detección, interceptación, localización, análisis y clasificación de señales electromagnéticas.

Buque *Alerta* (A-111).

Conclusiones

Concluyendo y a modo de resumen: para reducir los riesgos o amenazas o para dominar una situación, tanto económica como política, en una mesa de negociaciones, o alcanzar la victoria en la batalla, es muy importante tener conocimiento de quién es el adversario o enemigo, con qué medios se cuenta para averiguarlo, qué se hace y qué se puede hacer, para lo que la información abierta y el espionaje —que sumados constituyen la inteligencia— actúan como herramientas inestimables de ese poder que nos da el saber acerca del adversario. Lo que al traducirse al terreno naval, nos da como resultado que «información naval también es Poder Naval».